



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

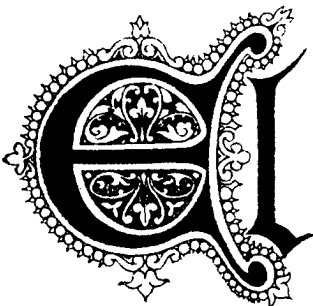


## UN CONGRESO EUROPEISTA.

LEON Y SAN ISIDORO. 26 A 28 DE ABRIL DE 1985

Por Antonio LINAGE CONDE

*A Conrado MORTERERO (1915-1982):  
archivero y bibliotecario.*



espectacular aumento de miembros españoles y portugueses del "Centre Européen de Recherches sur les Congregations et Ordres Monastiques" (CERCOM) —luego CERCOR, por haberse ampliado a todas las religiosas—, tanto que es un buen bálsamo hecho de la buena disposición de las gentes de nuestros días por cualesquiera de los aspectos variopintos de la historia y la vida monásticas y de su atracción por relacionarse a su propósito entre sí, tal aumento, que situaba a España en el segundo lugar después de

(1) Véase A. LINAGE CONDE, *Un centro europeo para la historia monástica: el "C.E.R.C.O.M."*, en "Studia Monastica", 27 (1985), 167-72.

la Francia fundadora, indujo a su creador y director, el profesor Pierre-Roger Gaussin, a auspiciar una reunión peninsular de los mismos, pareja a la que el año anterior, 1984, había tenido lugar en Maguncia para los de habla alemana.

El delegado de la Península en el Consejo Científico, Antonio Linage Conde, cuando ya todo había pasado y felizmente, sin embargo seguía asombrándose de su temeridad por embarcarse a cuerpo limpio en la empresa, sin estar seguro de qué santo había hecho el milagro, quizá santo Martino, el canónigo medieval leonés, en el marco de cuya conmemoración centenaria y en su misma sede isidoriana, aquél se hizo carne. El caso es que, lanzada la primera circular a esa dispersa parentela de los miembros del CERCOM, todo lo demás, gracias a ellos y al santo, y en muy primer lugar a otras personas cuyos nombres no podríamos omitir, vino por añadidura. Una sugerencia de Horacio Santiago-Otero, decidió al dicho notario Linage a ponerse en contacto con el abad de San Isidoro, un viejo y entrañable amigo suyo, más entrañable que viejo, don Antonio Viñayo. Y así quedaron abiertas las puertas todas de par en par a esos peregrinos de Europa, que en un ágora europea iban a adunarse, de la Europa que fue hecha por los monasterios y que al patriarca de los mismos, san Benito, tiene por patrón, y en cuyos caminos de la Comunidad de hoy sigue alentando el espíritu de sus cantos y de sus libros, de sus virtudes y también de sus debilidades.

Naturalmente que, con la vista puesta en León, había de surgir también el hombre en su ciudad, ese paladin de todas las causas del ideal y de la amistad que es el eruditísimo, sí, pero todavía de corazón más rico que de intelecto y ya es decir, Justiniano Rodríguez Fernández. Su dilecto amigo, cronista poético que fue de la villa de Sepúlveda y depositario en su tierra de la genuina paz espiritual benedictina, José Ignacio García Gil, velaba tutelarmente.

La Diputación y el Ayuntamiento de León, desde un principio, dentro de sus modestas posibilidades y no fáciles circunstancias, prestaron el suficiente apoyo como para poder sentir en él la bienvenida de la ciudad y su alfoz, aparte de que su contribución material, aunque a la fuerza parsimoniosa, al menos evitó una quiebra inicial.

Y esa fue la única ayuda. A otros organismos, o no se llegó a formular petición alguna, por haber hecho saber de antemano que para ello eran necesarios unos requisitos o imposibles o ininteligibles —¿dónde buscar el número de identificación fiscal del CERCOM, a qué lado de los Pirineos? ¿o en el seno de la cordillera misma?— o por haberse curado en salud, anticipándose a responder en unos términos que a la postre resultaron pintorescos aunque desde luego carentes de gracia. Mas, como Dios escribe derecho con renglones tor-

cidos, a esa conjunción de circunstancias hubo a la postre que agradecer una experiencia valiosísima y confortadora. la de cómo todavía, la iniciativa de unos pocos hombres sencillos, que solo cuentan con sus medios, propios y escasos, puede alcanzar ciertas metas y conseguir ciertos resultados, espiritualmente no desdeñables y materialmente por lo menos con la bastante entidad como para que se pueda dar fe de su existencia.

Y prosigamos.

Año Santo Eucarístico en la Real Colegiata Basilica. Octavo centenario de santo Martino, con un prometedor congreso internacional a la vista sobre él y la vida canonical. Y siguen agolpándose los recuerdos entrañables. El notario Linage comentaba de cuando envió al rector Viñayo un pequeño estudio<sup>2</sup> sobre un canónigo de la catedral de León, paisano suyo, sepulvedano, don Eulogio Horcajo Monte de Oria, a caballo entre los siglos XIX y XX, y le respondió... que le había llegado a emocionar nada más que eso, la vida sencilla de un canónigo con algunas inquietudes plumíferas. Y la asistencia prometida para el Congreso del abad primado Lovey, de la Congregación de Canónigos Regulares del Gran San Bernardo, ese Gran San Bernardo donde el prior, Jean-Michel Girard, acababa de acogerle en su sede, con tiernas historias de los perros que del paraje y el santo, Bernardo de Mentón, el patrón de los montañeros designado tal por el papa alpinista Pio XI, reciben su nombre, y con vino del Valais<sup>3</sup>. El abad Lovey ya encariñado con la idea de extender el culto de santo Martino al propio litúrgico de su familia religiosa. ¡La Suiza de las esperanzas de los recuerdos que sin embargo alguno nos dejaron!

Mas no divaguemos más.

Lo cierto era que en este León sacramento exaltado de 1985, y en su Colegiata de San Isidoro, íbamos a reunirnos, presididos por el profesor Gaussin, con tan pocos medios materiales como buena voluntad y entusiasmo, los miembros hispanos del CERCOM.

Y, sugerencia de don Antonio ésta, coincidiendo con una ceremonia leonesa tan arraigada y jugosa como poco conocida, la de las cabezadas. Cabezadas... nada más y menos que entre canónigos y concejales, que así se llaman unas ciertas cortesías y reverencias entre los municipales del consistorio y los capitulares de la colegiata. Es la ceremonia que la ciudad ofrece anualmente al

---

(2) A. LINAGE CONDE, *Un canónigo sepulvedano de León: don Eulogio Horcajo Monte (1840-1912). En torno a la iglesia española del Ochocientos*, en "Naturaleza y Gracia", 28 (1981), 7-84.

(3) Sobre este viaje monástico hemos escrito *Viaggio tra i monasteri della Svizzera. Dal Gran San Bernardo alla Certosa*, en "Potenza e carità di Dio" (Veroli), 22 (1985), 30-3; y *Por los gratos caminos de Suiza*, en "El monitor de la Farmacia y de la Terapéutica", núm. 2167 (1985, junio), 211-3.

santo el último domingo de abril, inmediaciones siempre de su fiesta, con arreglo al ritual recogido por el marqués de Fontehoyuelo, en su libro pomposamente titulado *Políticas ceremonias con que se gobierna la ciudad de León*. ¿Cómo nos las íbamos a perder? Sin pensarlo más, pues, quedó fijada para los días 26 al 28 de abril la reunión. No. No podíamos perdernos aquello de que "antecede en tres días la *legacia* del ayuntamiento al cabildo, con correspondencia en la fecha siguiente por parte del cabildo en el palacio de la Pori-dad. Revestidos de abundosas capas reciben el día de la fiesta los miembros del cabildo a los del ayuntamiento que vienen a traer a San Isidoro un cirio de arroba cumplida y dos hachas de cera, y así continuar un pleito secular y nunca concluso en el que alternan el representante del corregimiento quien afirma que vienen a traer una oferta voluntaria al santo y el del cabildo que lo recibe en calidad de foro. A continuación de la fiesta, la despedida; el ayuntamiento y el cabildo la efectúan con amplias inclinaciones. Por tres veces se repite la ceremonia de las reverencias, entre el regocijo del público que en esa ocasión puede a su gusto contemplar y medir el área capilar de concejales y canónigos". Y preside toda la fiesta "el milagroso pendón de Baeza custodiado por la Muy Ilustre, Imperial y Real Cofradía del mismo<sup>4</sup>. Es el pendón una reliquia nacional, con honores de capitán general, que presidió hasta la toma de Granada todas las victorias de las armas españolas y cuyos orígenes, lo mismo los del pendón que los de la cofradía, remontan al año 1147 y al Real de Alfonso VII en el cerco de Baeza.

Y la buena voluntad, que no hubo que pedir a nadie de acá abajo, pudo más que la falta de dinero con ser este poderoso caballero.

Aunque yo siga sin salir del asombro de que, a un modesto y pobre llamamiento como el mío —pobre no sólo de moneda sino de títulos refrendadores oficialmente de mi vocación y actividades—, iban a llegar tantas respuestas de tantos y tan buenos hermanos. Pero ahí está la lista de asistentes, habiendo sido además bastantes los que se excusaron por genuinas incompatibilidades.

¿Y qué consignar de nuestras jornadas, además de estas actas que siguen? De la visita guiada por el infatigablemente ameno y amenamente infatigable don Antonio a los últimos recovecos de su colegiata; del concierto de la Coral Isidoriana; de nuestra recepción en el Ayuntamiento por ese alcalde de pro, Juan Morano Maza; de la bienvenida e incluso de la clausura a pesar de ser como clausura a la fuerza melancólica; de la excursión monasterial; de las cabezadas en fin.

---

(4) La Diputación Provincial nos obsequió a todos los participantes con un ejemplar del libro de Justiniano *El pendón isidoriano de Baeza y su cofradía* (2.<sup>a</sup> ed., León, 1972).

¿Qué apartaremos para dejarnos en el tintero de tantas estampas como se nos agolpan?

Pero sobre todo que no falten las gracias a nuestro abad Viñayo por habernos recordado una y otra vez, expresamente, *clara et rotunda voce*, en el momento de la misa, "Por éstos hombres que han consagrado su vida a investigar y darnos a conocer como vivían los monjes y los canónigos de antaño..."

En la misa de las cabezadas también. Día de las cabezadas en que se nos recordó además, tanto por el consistorio seglar como por el cabildo eclesiástico, en sus alocuciones respectivas de la oferta, la réplica y las dúplicas reiteradas. Por el primero, una dama leonesa de pro, la concejala, y a fuer que merece su delegación de cultura, Inés Prada Fernández. Por los capitulares, ¿cómo no?, el mismo don Antonio Viñayo. Nos honramos e ilusionamos con transcribir las palabras de la primera:

Señor Abad:

La Corporación Leonesa, como representación genuina de la ciudad —la muy heroica, muy noble e invicta ciudad de León—, revestida ahora con sus mejores galas, viene en esta mañana —último domingo del mes de abril—, a venerar las santas reliquias de San Isidoro, patrón de las Españas, al tiempo que le ofrece, como expresión extrema de su veneración, dos hachas de cera de arroba y un cirio con la efigie del santo, en prueba voluntaria y espontánea de nuestra piedad, y en agradecimiento a los favores que siempre nos ha prestado, rogándole que nos siga dispensando la gracia de su protección, nos ilumine la mente con su sabiduría e infunda en nuestros corazones la paz y la concordia.

Los leoneses tenemos siempre presente la predilección con que nos distinguió San Isidoro, al desear que sus santas reliquias fueran trasladadas desde Sevilla a nuestra Ciudad, para que recibiesen aquí la debida veneración.

La historia nos dice que cuando la legación leonesa (presidida por el Obispo de León, San Alvito, que enviaron los Reyes para rescatar las reliquias de las Santas Justa y Rufina), estaba decepcionada por no dar con ellas, se apareció San Isidoro al Obispo expresándole el deseo de que sus propias reliquias fueran trasladadas a León, e indicándole el lugar exacto donde se encontraban.

El 23 de diciembre de 1063, la Ciudad de León, con los Reyes y Obispo a la cabeza, expresaba su regocijo al ser depositaria de las preciadas reliquias del Obispo hispalense.

Después de cerca de tres siglos, la obra ingente de San Isidoro, así como sus reliquias, que se habían perdido en el ámbito de la dominación sarracena, volvían ahora a resurgir, para ser de nuevo la luz más brillante de las Españas y de toda la Iglesia latina.

San Isidoro había destacado en todos los órdenes del saber y en la práctica de las virtudes más excelsas: economista, teólogo, historiador, investigador de los fenómenos naturales, filólogo y liturgista, buscó siempre la verdad en un

añan unificador y en una tendencia a convertir el saber en vida, con el deseo de conformar el mundo natural y el sobrenatural.

La llegada de sus reliquias a León iba a servir de estímulo para que su figura volviera a ser la luminaria de la ciencia y de la fe.

Pero había que saber impulsar y dirigir el legado que nos ofrecía, y fueron precisamente tres mujeres las que realizaron este cometido con decisión y habilidad.

Me cumple a mí, como mujer y como síndica resaltar, en esta hora de encuentro con las tradiciones gloriosas, la actuación meritoria y trascendente de estas damas como agradecimiento a su labor, así como estímulo de las mujeres estudiosas que deseen penetrar en nuestras tradiciones.

Fue primero Doña Sancha, la esposa de Fernando I, que, habiendo quedado viuda a los pocos días de la llegada de las reliquias del Santo a León, se consagra al cometido que considera tan importante: su culto. Con este propósito renueva la antigua iglesia, situada a continuación del Pórtico, convierte el Pórtico en Panteón de los Reyes de León, enterrando en él a su marido, y se entrega a la exaltación de la obra isidoriana, como se deduce de su diploma de dotación, y del orgullo con que hizo consignar su intervención en su propio epitafio.

Más tarde, otra mujer, Doña Urraca, la hermana de Alfonso VI, renuncia al ejercicio de los poderes reales para dedicarse al culto de San Isidoro. En primer lugar, ordena el ensanchamiento de la iglesia, levantada por Doña Sancha, para construir un gran templo del más puro estilo románico, y que se conserva casi íntegramente; hace donaciones artísticas importantes al tesoro de la iglesia, como el Cáliz de Agata, joya preciadísima del Museo, y un Crucifijo de marfil de excepcional interés, y estimula la creación artística en todos los órdenes.

Algunos años más tarde, a mediados del siglo XII, otra mujer, llena de espíritu de piedad y de dulzura, la infanta Doña Sancha, tan apreciada en los anales históricos leoneses, se consagra en cuerpo y alma a dar un nuevo impulso a esta empresa isidoriana. A Doña Sancha se debe la fundación de este ceremonial que estamos celebrando, por una acción de gracias a San Isidoro. Además, la infanta Doña Sancha trajo a esta iglesia a los Canónigos Regulares de San Agustín, para que atendieran al culto del Santo con toda dignidad, y ella misma tuvo tanta devoción por San Isidoro, que se consideraba a sí misma como prometida a él.

El ejemplo de estas mujeres marcaba el sino que habían de seguir las sucesivas reinas o consortes de reyes, como lo entendió, entre otras, Doña Berenguela, última Reina de León, a mitad del siglo XIII, que continuará con la devoción a San Isidoro y dará un fuerte impulso a la obra religiosa y cultural isidoriana.

No deseo, en estos momentos solemnes, entrar en la historia de este Centro isidoriano, impulsada con tanto acierto por las tres reinas y continuada fervorosamente por el Cabildo de esta Colegiata y el pueblo cristiano, pero no puedo

menos de hacer referencia a una figura destacadísima de este Centro. Me refiero a Santo Martino, peregrino infatigable de todos los centros de las latitudes cristianas. Visita, en su juventud, Santiago, Roma, Jerusalén, Constantinopla... como sacerdote apostólico ejemplar y estudiante esforzado del saber.

Se retira más tarde a esta Colegiata y, a la sombra de las obras y de la ejemplaridad de San Isidoro, escribe e investiga infatigablemente y llega a ser una de las figuras que más colaboraron al engrandecimiento teológico y filosófico de la Escolástica.

Tanto destacó en la piedad y en el saber, que llegó a ser considerado como el primer teólogo y exégeta de toda la cristianidad del siglo XII.

En este año en que la Colegiata conmemora solemnemente el Octavo Centenario de la aparición de su obra cumbre, y la Santa Sede ha concedido la gracia del Año Santo de Santo Martino, el Corregimiento de la Ciudad se une gustoso al digno homenaje de exaltación a este santo y sabio leonés, y desea colaborar con el Cabildo y su Abad, don Antonio Viñayo, gran investigador y pregonero de este santo, en el homenaje que los leoneses adeudan a tan sobresaliente figura leonesa.

Por último, no podemos pasar por alto, en estos momentos, el gran impulso que el Cabildo de la Colegiata ha dado a la Obra isidoriana, en estas últimas décadas:

1. La Colegiata, bajo su dirección, ha conseguido que el templo de Doña Urraca, convertido en Basilica, sea el núcleo más vigoroso e ininterrumpido de la piedad de los fieles.

2. Que la obra artística de primerísima categoría del Museo, Iglesia y Panteón, haya sido debidamente divulgada y constituya hoy uno de los lugares de atracción turística selecta más importante, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

3. Además, ha logrado que a su Centro de Estudios acudan investigadores y especialistas de España y de todas las naciones, y que aquí se celebren, con mucha frecuencia, Congresos y Simposios sobre temas teológicos, filosóficos y artísticos de gran resonancia.

En la actualidad, se está celebrando el Simposium del "CERCOM" —Centro de Estudios sobre el origen de las Congregaciones y Ordenes Monásticas—, al que han acudido docenas de investigadores y profesores internacionales, y ahora mismo asisten como testigos excepcionales a este acto, y a quienes saludamos cordialmente y deseamos logren sus objetivos mientras disfrutan de una estancia grata en nuestra Ciudad.

Y sin más considerandos y reflexiones obligadas, y que con gusto hemos recogido, siguiendo el ritual milenario, deseamos reiterar nuestra fe en la obra impercedera, iniciada bajo los auspicios de nuestro Santo Isidoro.

Deseamos también agradecer su especial protección, con el ruego de que infunda en nosotros el espíritu de trabajo y solicitud que corresponde a nuestra difícil misión.



Como simbolo externo, el Sr. Regidor Mayor del Corregimiento hace entrega al Sr. Abad, en actitud piadosa y voluntaria, de la *oferta* tradicional, compuesta de un cirio, con la efigie del Santo, y dos hachas de cera de una arroba.

En cuanto a la respuesta abacial, tenemos que reconstruirla de nuestra memoria, a propósito de lo cual podemos una vez más insistir en aquello de que el espíritu está pronto pero la carne es flaca. Pues ¡cuántas las avenidas de la imaginación evocadora de don Antonio, abriéndose paso contra el viento y la marea de su rigurosa erudición y siempre a través de ese su verbo cálido que a cada palabra nos ejemplifica aquello del *cor ad cor loquitur!*

Los mártires cordobeses, Omar ben Hafsun; la devoción al niño mártir Pelayo en la corte leonesa desde el año 966 hasta su forzado traslado a Oviedo huyendo de Almanzor, Pelayín, el antecesor de San Isidoro en la titularidad de este templo donde aún "permanece su efigie de bello muchacho de largas y rizadas guedejas, en la portada principal, al lado del tímpano del cordero, y acompañando a Santo Martino en las vidrieras de la capilla de éste. Que el ejemplo de Pelayo sea un ejemplo para nuestros tarsicios y nuestros jóvenes adoradores". Y si sus reliquias estuvieron en León desde aquel año 966 lo fue gracias a la infanta doña Elvira, la hija de Ramiro III y regente de su sobrino Ramiro II, que a pesar de ser monja no dudó en montar a caballo y rescatar al frente de sus tropas el castillo de Gormaz el año 975, doña Elvira que para estar junto a Pelayín se trasladó con su comunidad de Palaz del Rey, de la que era abadesa, al nuevo monasterio del santo en la ciudad regia.

Y su cuñada doña Teresa, la esposa de Sancho el Gordo, que ayudó a Elvira a traer el cuerpo del niño, "el cuerpecito del último mártir santísimo" que dicen los documentos, y de viuda profesó también en esa su misma casa de donde con aquél hubo de huir a Oviedo. Su mensaje para los tiempos adversos: redoblar la oración, seguir el consejo evangélico, *si os persiguen en una ciudad huid hacia otra*, y esperar, si es preciso contra toda esperanza porque *Cristo es señor, ayer, hoy y siempre*".

"Pocas mujeres habrán recibido en vida tantos elogios a sus virtudes. Un concilio de obispos nos ha dejado en sus actas el retrato moral de esta adoradora. Lo transcribimos como mensaje a las jóvenes leonesas, novísimas fundadoras de la Adoración Nocturna en la Colegiata: *Elvira, fundadora, surtidor de bienaventuranzas, resplandeciente por su virgíneo candor; unida al Dios vivo y verdadero en mente, espíritu y deseo; que camina con paso seguro por la santa consagración y canónica religión, guía y ejemplo para todas sus compañeras que se esfuerzan en vivir según la Regla de los antiguos Padres, siguiendo la santidad de su vida y la exuberancia de su piadosa adoración que en ella resplandece sobre todas las demás virtudes*".



*Escultura gótica de San Isidoro en la Basílica de León.*

Alfonso V, que "como Esdrás a la vuelta el cautiverio se dedicó a reconstruir los templos, y lo mismo que el caudillo judío con una mano blandía la espada mientras con la otra levantaba las ruinas. El templo de Esdrás en poco se parecía al de Salomón. Tampoco el de Alfonso V, para San Juan y San Pelayo, podía recordar la belleza y suntuosidad de los desaparecidos. Ni piedras bien talladas para los muros ni pinturas policromas para bóvedas y paramentos: sólo rudos tapiales, ladrillos y argamasa. Pero en aquel humildísimo tabernáculo adoró el Rey y adoraron los leoneses en espera de tiempos mejores. Y cuando le llegó la hora, peleando contra los infieles ante los muros de Viseo, mandó traer aquí su cuerpo para que a los pies del templo continuase ininterrumpidamente la adoración. *Sobre las ruinas edificarás, a tu Dios adorarás y en él solo esperarás.* Cuando un adorador cae, otros ocupan su lugar".

Su hermana, la infanta Teresa Bermúdez, restauradora de la vida contemplativa en el dicho monasterio de San Pelayo al que ya hemos visto se había añadido la titularidad del Precursor y así seguía llamándose aun capitivismo de sus restos sacros, "en hábito de monja, con vírgenes dadas a Dios", según palabras de Lucas de Tuy, luego de haber pasado por el harén de Almanzor. *En la oración confiarás,* parece ser el mensaje de esta infanta leonesa que logró conservar su fe y su integridad aun desterrada entre infieles.

La reina doña Sancha y su esposo Fernando I, los de la traslación de San Isidoro desde su Sevilla cautiva y la construcción de este su nuevo templo ya lujoso. *Domine, dilexi decorum domus tuae.* El día de la recepción del cuerpo santo, la reina le dotó con tal cantidad de alhajas que difícilmente se encontrará otro acopio igual: *Un frontal de oro puro con pedrería, otros tres frontales de plata; tres coronas de oro, una de ellas es la diadema de mi cabeza; una cruz de oro y otra de marfil, incensarios de oro y plata, cálices, patenas, estolas, arquetas, cortinas, casullas, servicio de mesa...* Aún conservamos el pergamino original con la firma de ambos monarcas. Y antes, en 1059, había ofrecido una magnífica arca de marfil para guardar las reliquias de San Juan Bautista y las escasas de San Pelayo que habían vuelto de Oviedo. "Presentamos el ejemplo a las adoradoras nocturnas que ofrecen su vida y sus plegarias ante el mismo altar y el mismo sepulcro en que las ofrendó doña Sancha". Y por su parte Fernando, "dio su mejor ejemplo de adorador nocturno y diurno ante el altar de San Isidoro, cuando se despedía de este mundo, según el relato conmovedor que nos transmite su cronista, morador también de esta casa. Había vuelto apresuradamente desde Valencia porque se sentía morir. Era Nochebuena y mandó que le bajasen a la iglesia. Y en aquella honrada noche de la Natividad del Señor, cómo los clérigos cantasen los maitines de la fiesta, se colocó entre ellos el rey, y con la virtud que podría escomenzó cantar desde el lecho fasta el postrimero salmo de los maitines... Esclare-

ciendo..." Pero hemos de remitir a la Crónica misma<sup>5</sup> para esa continuación que desemboca en sus hijas Elvira y Urraca, las *dominae* de este ya genuino infantado isidoriano. *Mando que toda la heredad que tenía San Pelayo pase a San Isidoro, que es ya la cabeza*, escrituraba la primera. Y la segunda, la zamorana, la reina de Zamora, que renunció a ese su reino en esa su ciudad para venir a esta casa a servir al santo de Sevilla, por cierto, con el mártir de Avila, Vicente, un adorador más y perenne hasta hoy, "quedándose aquí el cáliz que ella donó y vamos a utilizar dentro de unos momentos en la santa misa, célebre joya, ella sola capaz de engrandecer una institución<sup>6</sup>. *Resplandeció Urraca* —nos dice otra vez Lucas el Tudense— *por consejo y bondad. Despreciados los humanos desposorios y los halagos de un marido mortal, de fuera estudio so ábito legal, mas dentro allegóse a Cristo, verdadero esposo, so guarda mongil, y en todo tiempo de su vida estudió en ordenar oro e plata e piedras preciosas para los sagrados altares e vestiduras sacerdotales*".

Luego las monjas benedictinas. "Hijas espirituales y herederas de las infantas fundadoras y dómicas del Infantado, ellas sirvieron al templo con su presencia y su oración: acompañaron durante siglos los cuerpos santos que aquí reposan. Sus manos cuidaron altares y ornamentos y sus voces llenaron estas bóvedas de melodías mozárabes y gregorianas. Nosotros, los que hemos sido llamados a asegurar su relevo, junto con la obligación de continuar manteniendo los puestos de adoración y servicio, hemos contraído una deuda de gratitud y reconocimiento hacia quienes nos precedieron e hicieron posibles estas realidades de ahora".

Y Pedro de Dios o Deus también, el arquitecto de la última fase de la nave central románica desde la solera de las ventanas, muerto en olor de santidad y que alcanzó la insólita gracia de ser enterrado en su iglesia misma, en un sarcófago donde los ángeles inciensan su retrato. Dos arzobispos —el primado de Toledo y el de Compostela—, nueve obispos, ocho abades, tres reyes y dos infantas asistieron a la consagración del templo el 6 de marzo de 1149. "Profesionales del arte, hombres de la ciencia y de la técnica, también hay lugar para vosotros en la alabanza del Señor".

Y la infanta doña Sancha, dómina también del Infantado, hermana de Alfonso VII, que introdujo aquí a los canónigos regulares agustinos de Pedro Arias, se escribía con San Bernardo y trajo también a sus monjes blancos.

(5) Espléndido el estudio de Ch. J. BISHKO. *The liturgical context of Fernando I's last days to the so-called "Historia Silense"*, en "Hispania Sacra", 17-8 (1964-5), 47-59 (Miscelánea en memoria de dom Férotin. 1914-1984").

(6) Es de ágata y oro. Lleva la inscripción "in nomine domini. Urraca Fredinandi". Está emparentado artísticamente con la cruz de Conrado II de Alemania, muerto en 1039; véase A. VIÑAYO, *L'ancien royaume de León roman* (Zodiaque, La Pierre-qui-vire, 1972), pp. 105-6.

"Santos y santas de San Isidoro, alabad su inmensa gloria; cantad sin fin su esplendor, bendecid al Señor".

Y en fin, ese Pedro Arias, el deán de la catedral leonesa, prior y fundador de la comunidad canonical de esta casa, para lo cual intercambió las vírgenes de San Benito que en ella había con los canónigos de Carbajal. Y de ahí también esas benedictinas carbajalas que nuestra ciudad sigue atesorando. Habiendo sido, si hemos de creer al Tudense, el mismo San Isidoro quien urgió el traslado luego de aprobarle: *Asímismo aquello que te han dicho y aconsejado de aquel siervo y amado de Dios, Pedro Arias, prior, y de sus canónigos, acepto y agradable es a Dios todopoderoso y a la su muy gloriosa madre Santa María y a gloria del bienaventurado mártir San Vicente y mía, para que de día y de noche ofrezcan a Dios sacrificio agradable de salmos e himnos por tu conservación y por la salud de los vivos y la folganza de los difuntos.* "Y el mensaje está recogido. Día y noche se sigue ofreciendo al Señor el sacrificio agradable. *Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor*".

¡Qué cabalgada divinal por los campos de aquende y allende, de este mundo y el otro, a través del tiempo y de su eternidad! Pero sin embargo, embriagados por los ecos de sus galopares, nos vamos a perder las réplicas y las dúplicas, reiteradas sin parsimonia aunque para quedarse en empate, pues en otro caso ya no se proseguirían al año que viene fiesta, plática y ceremonia, el tira y afloja de la cortesía dialéctica entre la dama y el hombre de iglesia. ¿Foro? ¿Liberalidad? Reconstruyámoslas en mente poniendo en ello lo mejor de nuestros sentires y además volvamos otros años a revivirlas.

Pero, ¿qué decir de la hogareña inauguración del Congreso ya en familia, sin detrimento, al contrario, de la acribia escrutadora? ¿Cómo hubiera podido faltar en ella el recuerdo de la monja jerónima del siglo XX, de sor Cristina Arteaga, hacia poco dormida en el Señor en su mansión divinal de Sevilla por la que había trocado los palacios paternos? También el profesor Gaussin la recordó, de una visita reciente, como una gran monja y una gran señora. Y yo no podía menos de consolarme y consolar a los demás con unas palabras oídas en su Clervaux a dom Jean Leclercq un mediodía ya muy lejano. "No es motivo de tristeza en un monasterio que se muera un monje". Había uno casi en la agonía en aquella comunidad. Pero cuando, antes de sexta, el coro me sorprendió anteponiéndola el *subvenite*, luego entéreme no tratarse de él, sino de un coterráneo mio, fray Saturio González Salas<sup>7</sup>. Había llegado *el pie decessit* firmado por el abad Toribios al reverso de una postal sepia de su claustro de Silos.

---

(7) Sobre él, G. TAJADURA Y TAJADURA, *Menologio silense. 1880-1981* (2ª ed. Silos, 1981), p. 40.

Y la bienvenida en la sede del consistorio del alcalde de este León de España, Morano, a quien Gaussin recordó que él procedía del León de Francia, "la ciudad más meridional del Norte y la más septentrional del mediodía". ¿Cómo no rememorarle que en las inmediaciones de su ciudad, en el monasterio mozárabe de los Santos Cosme y Damián de Abellar, nos encontramos, en el año 905, con la primera mención peninsular de la regla de San Benito fuera de Cataluña: que en León se honra a San Isidoro más que en su Sevilla nativa; la parte que aquella corte y sociedad jugó en nuestra recepción de Cluny? Y esa alianza entre lo local y lo universal, constante pero que acaso donde más sorprendentemente se manifiesta es en la historia monástica. ¿O no dominó dom Guéranger en la Iglesia universal sin dejar de ver su pueblo natal, Sablé, desde su celda de Solesmes? Botón de muestra particularmente grato de evocar ante dos hijos espirituales del mismo dom Guéranger, los benedictinos silenses fray Ernesto Zaragoza y fray Clemente de la Serna. Evocación que cerraba las de las grandes ofrendas monásticas de la Francia vecina, Cluny, Citeaux, la Cartuja, Prémontré —las dos últimas obras de sendos alemanes que en la Galia encontraron su tierra prometida— San Mauro, la Trapa, y antes San Martín, y Lérins... Pero sería cuento de nunca acabar.

Y la excursión también en familia, tan inquieta como bien avenida, a Villaverde de Sandoval, San Miguel de Escalada y Gradefes, del Císter a San Rufo de Aviñón. No tenemos la pretensión de decir nada nuevo de tal trio\*. Pero

(8) Sobre Escalada, MARCOS DE ESCALADA. *San Miguel de Escalada* (Gijón. 1950); J. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. *Fuero de San Miguel de Escalada*, en "Los fueros del reino de León". León, 1981, I, 478-91 y II, 120-4; V. GARCÍA LOBO, *San Miguel de Escalada, encrucijada del monasticismo leonés* en "XV centenario del nacimiento de San Benito. Semana de historia del monacato cántabro-astur-leonés" (Oviedo, 1982); él mismo. *La Congregación de San Rufo en el reino de León*, en "Hispania Sacra, núm. 30 (1977), 142; él mismo. *Exención y jurisdicción eclesiásticas en San Miguel de Escalada*, en *ibid.*, núm. 29 (1976), 5-25; él mismo. *Las inscripciones de San Miguel de Escalada* (Barcelona, 1982); él mismo. *El Beato de San Miguel de Escalada*, en "Archivos leoneses", núm. 66 (1979), 205-28; él mismo. *Un documento de Fernando II que no pasó por su cancillería*, en "Estudios humanísticos. Universidad de León", 6 (1980), 19-36. Sobre Sandoval, G. CASTAÑANASPA. *Documentos del monasterio de Villaverde de Sandoval. Siglos XII-XV* (Salamanca, 1981); J. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. *Algunos documentos del monasterio de Sandoval*, en "Archivos leoneses", núm. 12 (1958), 153-82. Sobre Gradefes, A. CALVO. *El monasterio de Gradefes* (León, 1936-44); J. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. *Los fundadores del monasterio de Gradefes* en "Archivos leoneses" núm. 47-8 (1970), 209-42. Tengamos en cuenta esta impresión de JACQUES FONTAINE. *L'art prémontré hispanique*, I (Zodiaque, La Pierre-qui-vire, 1973), p. 86: "Par suite, non seulement on est en présence d'un système d'isolement liturgique de la zone sacrée, comparable à celui qui fut appliqué à São João de Nazaré dès l'époque wisigothique. Mais, du point de vue esthétique, cette composition en largeur produit une impression analogue —*mutatis mutandis*— à celle de la forêt de colonnes de la mosquée de Cordoue. Pourtant, l'esthétique basilicale se trouve confirmée par l'exacte correspondance entre les nefs et le absides latérales".

si deleitarnos con la dulzura tan humana como divina de ese huerto de las monjas de Gradefes donde pacen las vacas, florecen los árboles y es una alfombra la hierba extendida a las sandalias de los hábitos bernardos. ¿Cómo pagará Dios la dispensa episcopal de su clausura?

Y en la clausura —nostalgias de aquella sala del Pendón de Baeza— Pierre-Roger Gaussin hizo el mutuo balance de lo que España recibió de Europa y de lo que Europa recibió de España en el ámbito de la vida religiosa consagrada. Siempre traducido fielmente por nuestro amigo y amigo de todos Waldo Merino, joven más que nunca en su jubilación, europeo por los sesenta y cuatro costados desde que alcanzara en sus días estudiantiles a atravesar Europa hasta donde llegaba la tercera del Oriente Exprés y más allá. Y yo no pude por menos de expresar cómo, ante aquel clima de fraternidad que en aquellas breves jornadas se había consumado, sentía cual una especie de complicidad espiritual engendrada por esa comunidad de sentimientos que respirábamos todos. Y me acordaba de una reciente experiencia, en Moscú, departiendo en la sacristía de San Luis de los Franceses, entre italiano y latín, con su párroco, el sabio y viejo sacerdote lituano, y sobre todo de cordialidad paternal o cordial paternalismo. Stanislas Majeica. Yo allí también tenía la sensación de que éramos dos cómplices en una empresa y ruta propias, inmersos en una atmósfera doméstica de casa antigua pero sin perder nada del calor hogareño, y ello en medio de un cosmos del todo ajeno y vuelto de espaldas. Después de nuestra charla sonaba en la pequeña iglesia entrañable llena de imágenes, de altares, de rincones, de recuerdos, de sacro y también familiar mobiliario, el introito del *requiem* gregoriano. ¡En la Rusia inmensa de 1985! ¿Y se me perdonará manifieste mi reminiscencia infantil de intimidación ante las doctas archiveras presentes, algo que ante ellas y ellos siempre me sobrecoge desde mis rabias de los años más tempranos por la inasequibilidad de las letras cortesana, procesal, encadenada y paremos de contar de los tentadores legajos del archivo municipal de mi Sepúlveda?

Las comunicaciones fueron muy variadas, como respondía tanto a la índole del Congreso como a los propósitos de la entidad organizadora. Sin embargo su conjunto resulta útil para todos los interesados en el tema monástico, precisamente por la alternancia entre las visiones de conjunto y las aplicaciones ejemplificadoras a las congregaciones y casas particulares.

Antonio García y García, O.F.M., de la Universidad Pontificia de Salamanca, trató de *El monacato en el "Synodicum Hispanum"*, esa su magna empresa que señala un hito en la historiografía eclesiástica peninsular; "el testimonio de los sínodos es crítico —nos valora decisivamente—, por la sencilla razón de que no se reunían tales asambleas para colmar de elogios a nadie, sino

para denunciar y tratar de eliminar de raíz los abusos existentes contra la disciplina de la Iglesia". José Orlandis, de la Universidad de Navarra, en *Laicos y monasterios en la España medieval* —circunscrito a las relaciones entre unos y otros determinadas por motivaciones religiosas—, estuvo a la altura de esas exposiciones magistrales a que nos tiene acostumbrados, por la sintonía de su dominio del tema bebido en las fuentes y su capacidad de ordenación y distribución de los datos. Pablo de la Cruz Díaz Martínez, de la Universidad de Salamanca, abordó *La perpetuidad de la profesión en el monacato visigodo*, "la permanencia en la vida religiosa era algo más que un voto o una promesa, los monjes y los clérigos eran considerados como personas dependientes ligadas permanentemente a su patrono, en este caso el monasterio o la iglesia de que dependían". Fray Antonio do Rosário, O.P., de Oporto, trató de *Os monges nos inícios dos frades pregadores na Hispânia*, agudo en los planteamientos, y demostrativo una vez más de las necesidades de investigación con las que uno se topa en estos ámbitos, por mucho que su mayor cercanía en el tiempo pudiera a simple vista ser indiciaria de lo contrario.

Justiniano Rodríguez Fernández, en cuyo nombre va el elogio, esclareció la historia de *Santa Cruz de Cigüela*, "una fundación monástica de insegura entidad, de vigencia efímera en todo caso, una de las más antiguas del inmediato contorno urbano de León", precisamente por ello significativa de uno de los fenómenos tipificadores de nuestra Edad Media. Vicente García Lobo, de la Universidad de León, nos dio la primacía de su definitivo estudio acerca de *La canónica de Santa María de Arbas*, con parejo valor metodológico y de contenido. María Dolores Guerrero Lafuente, de la Universidad de Granada, estudió *El manuscrito 13063 de la Biblioteca Nacional*, en realidad una regesta del monasterio de las Comendadoras de Santiago de Santa Fe de Toledo y la vida allí de la infanta de León doña Sancha Alfonso. Dom Patricio Guerin Betts, de la abadía de Cóbreces, planteó las cuestiones relativas a *Las filiaciones de Las Huelgas*. Margarita Cantera Montenegro, de la Universidad de Madrid, nos llevó a los orígenes del fecundo benedictinismo moderno castellano en *La incorporación de Santa María de Nájera a la Congregación de San Benito de Valladolid, 1496-1513*, con el manejo de mucha documentación inédita. Otra parte de ésta fue aportada por dom Ernesto Zaragoza Pascual, de Silos, un odre más en su tarea de exhumar integralmente el testimonio dejado en los archivos por esa su predecesora familia religiosa. José Ignacio Fernández de Viana y Vieites, en *La unión del monasterio de Toxosoutos al de Sobrado de los Monjes*, nos demuestra cómo el examen inmediato de las fuentes puede precisar y rectificar los datos que se vienen aceptando en la historiografía. Angustias Álvarez del Castillo, como el anterior de la Universidad de Granada, en *La fundación de un convento en la Granada del siglo XVI: las*



*Comendadoras de Santiago de la Madre de Dios*, a través de una aportación diplomática plena nos trae la entrañable estampa de una de esas clausuras andaluzas llenas de rincones donde se dan la mano la femineidad y el sentimiento religioso en una atmósfera a la vez amable y dramática. Lo mismo que María Angustias Olmedo Moreno, en *Los privilegios del monasterio de Nuestra Señora de la Concepción de la orden jerónima*. Francisco-Javier Limia Gardón, de Orense, en una *Contribución al estudio del siglo XVIII en Santa Marina de Aguas Santas*, nos deleita con los esplendores de su exuberancia artística, coincidente a la vez con la plenitud del sentimiento religioso en una centuria que también tuvo esta cara. Giovanni Leoncini, de Florencia, en *La libreria della Certosa di Maggiano nel XVIII secolo*, hace una aportación pareja a la historia de esas mentalidades. Sor Margarita Borkovska, O.S.B., de Zarnowiec, en *Ksiega kapitularna brygidek grodzińskich*, nos esclarece la historia de las brigítinas en Polonia, seis de cuyos nueve monasterios se encontraban en un territorio actualmente soviético. Ella lo hace a través del libro capitular del monasterio lituano de Grodno de 1759 a 1763, años de los comienzos de la reforma de la abadesa Teresa Chreptowiczówna, en la órbita espiritual de san Alonso Rodríguez.

Lo que ha quedado para el devenir del progreso de los conocimientos que tan caros nos son en una asamblea que fue, y ya lo vamos viendo, igualmente pródiga en el calor humano asociativo de sus cultores, enamorados mejor diríamos. Con lo suyo para la anécdota, por eso en la plenitud expresiva del tal. Así una de las "participantes", la perra "Boni", a la que la magnanimidad del rector Viñayo dejó compartir la habitación prelatia de su casa, otrora del Jefe del Estado y el Cardenal Primado.

¡Ah, ese nuestro adiós a la Colegiata, donde alguna vez paseamos a la luz de la luna con don Antonio, encima mismo del borde de la muralla romana! ¿Quién pediría más?

*Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum!*

BENEDICTINUS

## LAS IMPRESIONES DE UN LEONES

Me tienta y me agrada suponer que ninguno de los miembros de nuestra Asociación participantes en este Congreso habrá de sentir extrañeza ante el testimonio de un entrometido cronista leonés, deseoso de recoger el soplo sutil de los aires leoneses que envolvieron acariciadores el propósito y el desarrollo del grato acontecimiento. Ya los primeros auspicios del Congreso —podríamos decir con Tácito— anunciaban el vuelo luminoso del éxito. ¿Se podía pensar en algo mejor que la inmersión en el espíritu y la tradición isidorianos para propiciar interna y externamente el goce de tres días de paz para el pensamiento y para los sentidos, en torno al estudio y consideración de una área histórica tan sugeridora y fértil en evocaciones de tan profunda intimidad como el monacato en toda su amplitud de manifestaciones y valores?

Concurrían también dos factores estimulantes: El de ser la primera ocasión pública en que el CERCOM se mostraba en ámbito hispano, y la decisión feliz de ofrecer esta primicia a la capital histórica del viejo reino, cuna y timón de los tiempos y valores con que se engendró el porvenir nacional.

Lo cierto es que la ciudad de León percibió al instante el grato sabor del anuncio y, por voz de sus más caracterizadas instituciones representativas —Diputación Provincial y Ayuntamiento— acogió la idea con la prontitud y entusiasmo que solo muestran los que coinciden en estar deseando aquello mismo que se les propone. La Alcaldía mostró al punto su deseo de expresar a los congresistas el saludo y los mejores ofrecimientos de la ciudad, y lo cumplió en la Sala de Sesiones, en un acto sencillo, de austeridad y buen tono, complementado por la oportuna respuesta de nuestro entrañable Antonio Linage, siempre feliz portavoz de nuestra Asociación, y con el broche de un largo rato de conversación en torno a la copa de vino leonés con que la Alcaldía obsequió a los congresistas. Halló además la Alcaldía en la cadena administrativa una fisura legal por donde vertió hacia nuestro Congreso una subvención económica, no por modesta menos estimable.

Por su parte, el Presidente de la Diputación mostró su generoso talante poniendo a disposición del Congreso, dentro del cauce de las permisiones legales, la colaboración económica y los servicios que los medios de la Institución provincial hicieron posibles.

Todo tuvo el sello del grato acogimiento y del dulce discurrir en que se fraguan las horas sabrosas y amenas. Hasta los fríos leoneses hartos ahora de su austeridad, templaron su tradicional rigor en obsequio de los congresistas, abriéndoles las gozosas espuestas de la primavera con un sol limpio y alegre que alumbró el camino y los secretos artísticos y monumentales de Villaverde de Sandoval, San Miguel de Escalada y Santa María de Gradefes, bajo el toque erudito y la maestría sugerente del Abad-Prior de San Isidoro y de Vicente García Lobo. Se asomaron también a la contemplación de los congresistas los variados tesoros del emporio histórico-artístico de San Isidoro: El arcano mágico de su Panteón Real, la imponente joya de su Basilica, el acervo histórico de su documentación, de sus códices y de sus joyas de arte. Y al comenzar la penumbra vino sobre los oídos el aire delicioso de las canciones leonesas, cuajado eco de la espiritualidad popular de varios siglos, recogida para el presente y para el porvenir por el empeño benemérito del Orfeón Isidoriano.

Al final, ya en el día de las despedidas, la estampa multicolor de la tradición leonesa del "Foro" u "Oferta", arrastrada de un hecho real que ya testimonia el Tudense, gozo ahora de los ojos y del espíritu, en que se reproduce a lo vivo, con la añadidura ritual de los Caballeros del glorioso Pendón Isidoriano de Baeza, el nunca interrumpido cumplimiento de un voto religioso que la ciudad entera formuló solemnemente en obsequio de San Isidoro concretando la materialidad y circunstancias de su tributo de gratitud, pagadero en la festividad del Santo Doctor. Señala previamente el Sindico del Ayuntamiento la índole religiosa de su don, y viene al acto acompañado de la Corporación municipal en pleno, con sus galas y atributos oficiales. Pero el Cabildo Isidoriano íntegro, por voz de su

canónigo representante, percibe y acusa la intención evasiva del Síndico municipal, al silenciar el carácter legal y exigible de la entrega, y le invita a rectificar conceptos y a reconocer en su justo alcance el contenido jurídico de la obligación y de su pago.

Vano intento, en definitiva, porque el Síndico mantiene su postura con amplios razonamientos, y el Cabildo Isidoriano reitera la suya con extensa argumentación, terminando el Síndico por proclamar la voluntariedad de su entrega en calidad de mera "oferta", y el Cabildo por señalar que la recibe solamente por modo de "foro".

Deliciosa estampa cívica, siempre repetida en el solemne marco claustral de San Isidoro con entonaciones dialécticas de mera apariencia real, en juego a un tiempo religioso, jurídico y literario.

Así fue el cierre externo de un Congreso animado de inefables silencios interiores. Así, felizmente, vino a llenarse un tiempo breve, demasiado breve, que todos habríamos querido prolongar. Tiempo en el que todo, visto entonces de cerca y aun ahora de lejos, nos parece haber sido sencillo, noble y grato: El pensamiento, el sentir, la comunicación, el contorno y, en suma, la plenitud del quehacer.

Justiniano RODRIGUEZ FERNANDEZ